

ANTOLOGIA DEL MILAGRO

“Hojas del árbol caídas...”

Y no sigo, ni con los versos ni con el pensamiento del poeta. Pero es que su melancólica imagen brotó espontáneamente en mis labios al repasar esta Antología del Milagro ¡Cuántas hojas! Y no mustias, ni juguetes del viento. Estas poesías son hojas perennes de amor, de inspiración, de color lugareño, brotadas del Árbol de la Cruz, también caídas de sus divinas ramas y cariñosamente recogidas por quien, al compilar esta Antología, las traspasa en piadosa herencia a las futuras generaciones salteñas.

¡Vuelen ellas de mano en mano y penetren de corazón en mi corazón!

Roberto J. Tavella, Arzobispo de Salta (1942)

Han pasado 382 años de la llegada de la Cruz con el Señor crucificado a Salta y su imagen continúa siendo el Corazón donde palpita la fe de este pueblo.

He visto con simpatía y he apoyado decididamente la reedición de la Antología del Milagro, porque estoy convencido que esta obra es una surgente inagotable de fe cimentada en una tradición, cuatro veces centenaria, que se debe conservar y transmitir a futuras generaciones, porque los pueblos que vuelven las espaldas al pasado, se desintegran. Un pueblo sin ayer es un pueblo sin mañana.

También en este trabajo, se cumple el mandato evangélico "Colligite fragmenta ne pereant... Recoged los trozos que han quedado, para que no se pierda nada". Este patrimonio de fe y de cultura que tiene Salta, que ha nacido del Árbol de la Cruz Redentora, ha de revitalizarse en este Año Santo y Eucarístico...

Que todos lo que lean estas páginas sepan comprender cuánto dice el Salmista, cuando afirma que la misericordia divina no tiene límites, domina las cimas y los océanos; se recrea en colmar con su Luz y su Paz a los que beben en las fuentes puras de la fe cristiana, como lo han logrado los inspirados autores de este florilegio.

Afectuosamente,

Carlos Mariano Pérez, Arzobispo de Salta (1974)

PROLOGO

Poesía de “El Milagro”, es lo mismo que decir Poesía de la Poesía. Porque “El Milagro” de nuestra Salta es toda poesía: poesía de sus plegarias, poesía de la adelantada primavera de sus fiestas, poesía de sus claustros, sus naves, sus torres y campanas. Poesía de su marco de Valle y de montaña; de sus pájaros y flores; de chalchalero y de jazmín; de sus plantas y sus frutas; de ceibo, hierbabuena, chalchal y piquiyin; poesía de gracias recibidas; de alegrías y de lágrimas vertidas entre música de órgano y canciones de cielo; en éxtasis de rodillas y en efusiones de verso, ante una imagen de Virgen Maternal celeste y blanca, dulce y tierna ante un Cristo, ante nuestro Cristo que es la amargura misma de la humanidad unida al dolor del alumbramiento del artista; al encanto del poder creador en armonía con la divina hermosura de la Creación: todo lo que contemplamos, sentimos, queremos, lo que soñamos y anhelamos, todos nuestros recuerdos, esperanzas, nuestros amores y cariños; los seres que se fueron, los que aguardamos, los que fuimos, todo lo que somos y seremos; allí prendido con sus clavos y en sus llagas; allí abrazados, levantados, recreados en esos brazos que son bendiciones, son alas. Y en esas manos, amapolas y nardo, de artífice divino pendiente en esos labios en la suprema elocuencia del silencio amoroso de la redentora muerte, fascinados hasta por los ojos cerrados, cuya luz de alma y de infinito, traspasa los dolientes párpados y traslada el corazón humano; lo magnetiza y adentra en su propio Corazón Divino abierto, en su sangre aún tibia y viva, para saber lo que es amar hasta perder espacio, hasta borrar el tiempo, hasta no ser ya nada, que no sea su ser y cuando la dura vida de peregrinos marchando más por valles de lágrimas, que por Valle de Lerma, nos arranca de este arrobamiento, ya ha quedado algo en el alma para siempre todo ese ámbito de Salta, el límpido cristal de su aire y su clara luz, no es sino el halo de “El Milagro”. Y una vez que es a aura ha henchido nuestro pecho, aunque nos vayamos lejos, allá muy en lo hondo de ella siempre llevaremos algo: algo, que es igualmente poesía, pero que es también sabiduría, porque es el lucero del camino, el seguro criterio, escondida senda e inmortal sendero. Y, a su vez, esta sabiduría de los siete dones, como la más alta poesía, tendría que ser traducida por el pobre verbo del hombre que quiere expresar toda la belleza del Milagro de Salta rodeada por los muros de sus cerros: americano Cenáculo del Espíritu Santo. Todo, entonces, recobra su sentido, todo se hermana, aduna y armoniza. Pascal y Lamartine; Platón y San Agustín se insinúan en poemas que no dejan de ser balbuceos, como esos mismos genios supieron conservarlo ante lo eterno e infinito. Todo lo aclara luz de cruz, como lo dice uno de los sonidos recogidos, flor y fruto da meditación.

De ahí la tremenda dificultad para todo poeta que lo quiera ser del “Milagro”. Pues, si la piedra, el madero, el bronce, el color y la luz son un poema de incomparable poesía donde nada falta, donde se dice todo, donde no estorban ni una sola palabra, ¿qué podrá hacer esta pobre palabra sino perturbar ese éxtasis, suprema resultante de toda auténtica poesía?

Y, sin embargo, como de alma y cuerpo somos, no sólo nos recreamos con ese algo inefable y cuasi puramente espiritual que es la mirada de un niño, sino también con su balbuceo infantil, primero, y acaso no igualado poema del hombre.

Balbuceo poético es el humilde y glorioso destino del poeta del “Milagro”. Y bien está recogerlo como se anhela recoger todos nuestros encantos de niño. Las grandes impresiones desatan la tierna lengua en ese infantil balbuceo. Y las supremas emociones hacen retornar al hombre a su primer balbuceo; por eso, precisamente, es más poeta: por ser más niño, por ser más tierno, por rejuvenecerse y recrearse en el doble sentido del encanto y de la renovación que es la verdadera creación, aún etimológicamente, de lo poético.

Rezar como un niño. ¿Habrá mayor y más pura poesía? Pues esos son los poemas del “Milagro”: plegarias de niños o de hombres que se vuelven más hombres al recobrar su inocencia y volver a ser buenos como niños: tal la vida como un viaje redondo.

En verdad, “las alondras del alba cantan siempre en mi noche y le responden las alondras, estrellas de otras ramas”.

Tal el poeta, ruiseñor de oro de las primeras noches claras de nuestra alma.

Por eso son entrañables estas poesías: por su espontaneidad, por su naturalidad, por su sinceridad. Más: por su necesidad. Como la flor de la rama, brotan del alma. Y con las almas son, aunque iguales en su esencia, de infinitos matices diferenciales, así son diversos estos versos: oración de infancia, aspiraciones de juventud, esencia de madurez, añoranza de lo que fue, resignación y serenidad, entusiasmo y amor, los temas eternos y los autores perennes, la poesía una y diversa, los poetas distintos y hermanados. Unos, poetas porque sí, por obra y gracia de su devoción, sin más arte ni artificio; otros, cultos y hasta eruditos. ¿Que su valor retórico es distinto? Más, ¿qué significa ello ante su valor de evocación y de oración? De todo tenía que haber como todo dio Salta; y Salta entera está en el Milagro. Aunque no esté todo en estos versos, como tampoco están aquí todos los versos del Milagro esta Antología, nos trae, sin embargo, un sé qué del Milagro, y por ello bien merece nuestra gratitud de salteños, la delicadeza y diestra mano de poeta que los recopiló...

Es el aura que envuelve un retrato patinado por el tiempo ¡Qué encanto para el hijo, qué arrobamiento para el nieto!

La fecha de cada composición le añade para los salteños un carácter anecdótico y esa poesía del tiempo. Por eso, en semejantes antologías, la mejor clasificación es precisamente la temporal.

Juan Carlos García Santillán (1942)

ROMANCE

Si afianzan nuestra creencia los prodigios,
si la fe se radica con milagros
atendedme que voy a referiros
un gran portento el más calificado.

El siglo diez y seis, siglo feliz,
en el puerto que se nombra del Callao
se dejaron ver hacia sus márgenes
dos Arcas que surcaban ese Océano.,

la novedad del caso despertó
en los que presenciaban aquel acto
la atención que es muy propio el excitarse
siempre que los sucesos son extraños.

La multitud del pueblo al punto acude
y observa preocupada del espanto.
que aquellas como naves sin piloto,
surcan el espumoso mar salado.

Asombrados quedaron del prodigio
al observar que un rumbo el más reglado,
seguían los bajeles que condujo
hasta ese puerto el Numen Soberano.

Hiciéronse testigos los más fieles
aquéllos que el suceso presenciaron
porque la Providencia en tales hechos
parece que previene los acasos.

Al fin ya se separa con asombro,
que diestros hacia el puerto se acercaron,
y al tocar sus arenas fue imposible
que los moviese algún impulso humano.

Después que permitió la admiración
los ánimos se fuesen recobrando,
se resuelve abrir aquellas Arcas
y encuentran el tesoro no esperado.

En dos preciosas urnas se registran

dos bellos adorables simulacros,
de Cristo adorable en Crucifijo,
y de María en su imagen del Rosario.

El aspecto de aquél era devoto e
excita a contrición sólo el mirarlo,
y parece quebranta o que derrite
al corazón más duro y obstinado.

La devoción más tierna aquella excita,
y su rostro parece dibujado,
no por algún artífice terrestre
si por Angélica divina mano.

Es un hecho constante, fiel, seguro
que aquellos admirables simulacros
residiendo en Madrid el gran Victoria,
los mandó a fabricar su celo santo.

Allá se trasladó por defender
a su directa Grey y a su Rebaño
del Tucumán el más celoso Obispo
y a mirar por su iglesia, el gran Prelado.

Terminó la carrera de su vida
en mil quinientos noventa y dos años;
y en ese mismo tiempo las efigies
en arcas a la vista se mostraron.

La historia no declara abiertamente
cómo a surcar los mares se entregaron
y nos inclina a creer su transporte
la dirección de una invisible mano.

Surtos pues en el citado puerto,
esos bajeles por prodigio raro,
y vistas las imágenes que incluyen
el suceso al Gobierno le anunciaron.

Refieren por menor que en las dos urnas
se notaban los nombres rotulados
de las Iglesias a que fue el destino
que pródigo les dio su buen Prelado.

Previenen asimismo que se advierte
estar como con sello rubricado,
ese ilustre presente; pues decía

claramente: El Obispo tucumano.

Luego que recibió tan bello anuncio,
el Marqués de Cañete , varón claro,
ordena al punto a Lima se transporten
aquellas Arcas en triunfales carros.

Practicóse a la letra conduciendo
aquellos dos cajones bien cerrados,
custodiando tesoro tan precioso
la guarnición y escolta de soldados.

Tan grande novedad convocó a un pueblo
devoto y respetuoso a lo sagrado
el que en su devoción no satisface
hasta ver los objetos venerados.

Abriéronse esas arcas respetuosas
y al ver esos divinos simulacros
los Jefes, los primeros por ejemplo,
reverentes se presentan a adorarlos.

Ejecutada acción tan religiosa,
introducen en su templo máximo
ambas efigies para colocarlas
en dos tronos de plata preparados.

Allí les prestan solemnes cultos
en el festivo triduo celebrado,
el insigne Toribio y la gran Rosa,
a quienes ya la Iglesia llama Santos.

En el primer día el Mogrovejo
pontifica la fiesta celebrando,
que a huéspedes divinos sólo es digno
de hacerles los obsequios un tal Santo.

Cumplió la Catedral con sus deberes,
y la ilustre ciudad iluminando
sus calles y sus plazas por tres días
haciendo de las noches días claros.

Cumplió este homenaje tan debido
en procesión lúcida y solemne acto
jefes y tribunales las efigies
trasladan al Convento del Rosario.

También el noble Clero y religiosos
aquella proyección solemnizaron,
y estas como en señal de triunfo y gloria
las cruces y pendones arbolaron.

Del gran Domingo los ilustres hijos
en magnífico culto demostraron
que siendo Benjamines de María
predican a Jesús Crucificado.

En el suntuoso templo que está sito
en el gran Convento del Rosario
tuvieron por fortuna aquellas prendas,
por poco más de un mes en el espacio.

Juan Manuel Fernández Agüero (1801)

POESIA RELIGIOSA

I

***“Dios te salve Madre
Reina de los Cielos,
esperanza nuestra
refugio y consuelo”***

Madre de Dios,
del orbe Soberana,
Hija del Cielo, de la tierra aurora,
velado el ángel, tu grandeza adora,
postrado el hombre, tu bondad sin fin,
a tu paso, flamígera su espada
rinde el arcángel, y sus alas plega;
tu manto el éter en su azul despliega
y de destellos lo borda el Serafin.

Dios te salve, tesoro de los pobres,
esperanza del naufrago y consuelo,
del que padece y sufre en este suelo,
buscando en ti refugio a su dolor,
amparo de las madres desoladas,
de los huérfanos madre y protectora,
pan del mendigo, eterna mediadora,
de Cielo, tierra, Dios y pecador.

II

***“Virgen del Milagro
gloria de este pueblo
en quien siempre halla
todos sus remedios”.***

Ante tu trono, alados querubines
la majestad de Dios en ti veneran,
cuando absortos tus órdenes esperan,
mensajero de gracia y de perdón;
y, tu, Reina, el áureo cetro inclinas,
y nuestro pueblo con amor señalas...
nos viene entonces, en doradas alas
tu favor especial y protección.

Gloria de Salta, Virgen del Milagro,

aunque indigno de ti, suba este incienso
que arden el fuego de un amor inmenso,
de gratitud ferviente en el altar.
Acoge la oración que eleva el pueblo,
a ti, Santa, a ti, Virgen, la más pura,
desde el valle de llantos y amargura
que a ti, Madre, ¡también te hizo llorar!

III

***“Si son nuestras culpas
muchas en extremo,
tus misericordias
son más con exceso”.***

Del humano linaje, Madre pía,
las lágrimas y ruegos atesoras,
Madre, a la vez de Dios, la ofensa lloras
y el castigo que aguarda al ofensor.
Solicita tu afán a los humildes,
de manso corazón, arrepentidos,
y en el perdón que brindas, ves unidos,
cielo y tierra, tu Dios y el pecador.

Divino augur, tu gran misericordia
elija la región que el Arias baña,
y aquí descendes por domar la saña
y la soberbia de infernal dragón;
Ministro de la cólera celeste,
que invisible en los astros se cernía
y en súbito temblor a hundir venía
tu Ciudad predilecta, tu mansión.

IV

***“Ya el castigo estaba
sobre nuestros yerros
mas lo detuvieron
tus piadosos ruegos”***

Nuevo Moisés, de lejos, el océano,
nos traía en tu nombre, al esperado:
¡Oh portento! – se ve al Crucificado
en las corrientes férvidas llegar.
No en la cesta de mimbres Egipcíaca,

no en bajeles, ni barcas, ni piraguas:
La cruz del Salvador anda en las aguas,
como el Divino Maestro sobre el mar.

La estrella que de noche le guiaba,
la blanca nubecilla, en claro día
eran tus manos, celestial María,
de Salta conduciendo al Redentor;
en ti se anuncia el Iris de la alianza,
que entre Dios y el mortal sellar intentas,
cuando el castigo justiciero sientas
llegar al pueblo que eligió tu amor.

José María Zuviría (1850)

PLEGARIA AL SEÑOR DEL MILAGRO

Señor Jesucristo! ¡Señor del Milagro!
¡Señor que acaricias la vida del agro
Con tu Cruz de Vida; con tu Cruz de Amor!

¡Pon en tus senderos de todos tus hijos
la Fe de los santos... la Fe de los “fijos-
dalgos” que vinieron de la España en flor!

¡Pon tu dulce beso en las resignadas
almas que soportan las rudas espadas
de las privaciones, el llanto, el dolor;
en el alma pura de nuestras doncellas;
en las cimas blancas; en cielos y estrellas;
del Valle de Lerma: tu solar de Amor!

Y en tus sacerdotes... Y en tus peregrinos...
Y en tus fieles hijos... Y en los que en caminos
distintos se apartan de tu Cruz de Amor,
¡para que recobren la vista perdida
y tu Sangre Santa les torne la vida
del aprisco eterno del que eres Pastor!

José Gregorio Romero y Juárez (15-9-1900)

CORONACION DEL SEÑOR Y LA VIRGEN

Benedicid al Señor
Rey coronado,
Benedicid a María
coronada Reina.

Cantad alabanzas
Ángeles divinos
al Rey inmortal
a la Reina pura.

Bendito el Señor
bendita la Madre,
benditos los dos
que hoy son coronados.

¡Viva! Nuestro Señor,
¡Viva! Nuestra Señora
Del Milagro, cantemos
por siglos infinitos.

Benedicid, Jesús,
proteged, María,
a vuestros hijos, hoy
postrados a porfía.

El señor y Señora
del Milagro estén
con nosotros doquier
en nuestro sostén

Roque de Jesús María Correa (13-9-1902)

EN LA CORONACION DE LAS EFIGIES DEL SEÑOR Y LA VIRGEN DEL MILAGRO

Fragmento

Iruene el cañón! ¡Repiquen las campanas!
¡Vibren las auras con vítores y dianas!
Hoy el pueblo de Salta electrizado,
a su Rey y a su Reina ha coronado
por su virtuoso Obispo, iniciador
de este doble homenaje de su amor.

Los prelados, las luces y las flores
llenan el sacro templo de fulgores;
un hermoso pensil la nave ostenta,
cual es la corte real que representa,
de vírgenes cristalinas, ricas joyas,
las bellas peregrinas y las criollas.

Grande es su devoción, ya secular,
nacida casi a un tiempo con su hogar;
día que juró, diciendo: “Lo consagro
al Señor y a la Virgen del Milagro”.
Su fe y su gratitud se han perpetuado
a través de los siglos que han pasado.

Toda vez que la tierra desquiciada
por volcánicas fuerzas, tiembla airada
y amenaza su horrenda destrucción.
Es la piadosa y dulce intercesión
de la Virgen María, su protectora,
cuando de los castigos llega la hora,
el justo Rey perdona al sentenciado,
a ruegos de la Reina que ha mediado.

Sea la peste, las plagas, la sequía,
la destructora guerra, la anarquía,
las desgracias y duelos personales
que abaten a los míseros mortales,
ya en la patria, o lejos del hogar,
invocando su amparo tutelar,
el creyente expondrá su trance amargo
al Señor y a la Virgen del Milagro.

*

¡Truene el cañón! ¡Repiquen las campanas!
¡Vibren las auras con vítores y dianas!
Hoy el pueblo de Salta electrizado,
a su Rey y a su Reina ha coronado!!!

Miguel Solá Chavarría y Moldes (13-9-1902)

AL CRUCIFICADO DEL MILAGRO

Como una bebida que llora en los campos
desiertos y helados
como una ovejuela que tiembla de frío
y al aprisco torna refugio buscando;
como un peregrino mísero y sediento,
que en su viaje largo
no encontró una piedra donde reposara
su cuerpo cansado;
herida de amores y de contricciones,
de emoción y de gozo llorando,
como el que a las playas de la patria torna
después de una ausencia de años...
Llego ante tu trono con ansia suprema,
misericordioso Señor del Milagro,
imagen bendita del Dios que yo adoro.
Padre bondadoso, amigo y hermano,
que al verme a tus plantas rendida
me estás hasta el fondo del alma mirando.
Yo hubiera querido para presentarme
ante tu ara Santa, mi Dios soberano,
traerte contrita, cual la Magdalena,
en un primoroso vaso de alabastro
el perfume más rico que hubiese,
de rosa y de nardo,
para ungir, cual otrora la santa,
tus pies, al madero hoy yertos clavados.
Vestir una túnica de hermosas virtudes,
traerte mil flores de luz en mis manos;
zafiros preciosos
de mil triunfos santos,
rubíes brillantes de amores divinos
con ardiente piedad engarzados,
perlas primorosas
de contrito llanto;
y cual regia diadema en mi alma,
que está en tu presencia de amor desbordando,
las purezas todas de toda la tierra,
las misericordias de todos los santos
que en su pecho cual signo glorioso
tu imagen bendita grabaron.
Más ¡ay! vano empeño,
si no soy más que un mísero esclavo,
polvo que se esfuma,
dolor y pecado;
sombra triste que llega a tus plantas

la misericordia de tu amor buscando.
Si no tengo, mi Dios, qué ofrecerte...
pobres y vacías encuentro mis manos;
ni una perla sola
en mi largo luchar he pescado;
ni un pálido lirio.

Brotaron mis campos;
larga fue la jornada, más de ella
sólo las espinas y el dolor quedaron.
Hijo pródigo vuelvo a tus plantas
de arrepentimiento sincero llorando.
Y ¡cómo no amarte!, si de las tinieblas
donde estaba mi espíritu aislado,
si de los abismos negros del silencio
¡poderosamente me elevó tu brazo!
Si me hiciste mirar de la aurora
las divinas luces, y al fin rescatado
como un padre amante me alzaste tu trono
para alimentarme con manjar tan santo,
tan suave, tan puro,
tan fuerte, tan alto,
que por siglos y siglos, –Oh, gloria!
de tu poderío pasmoso milagro–
contra todas las hambres del mundo
ha de estar mi espíritu satisfecho y harto.
Y ¡cómo no amarte!
Si sé que tu pecho yo he despedazado,
si yo orné con agudas espinas
tu frente que el cielo venera temblando;
y en tu diestra puse
con horrible escarnio,
la caña burlesca,
y en tus hombros el mísero manto;
y no vi tus ojos cuando me mirabas
como tórtola herida, llorando...
Si clavé al madero
tu divinas manos,
que son flores de púrpuras abiertas
bajo la espantosa presión de los clavos;
si hiel y vinagre
acerqué a tus labios,
cuando la agonía nublaba tu frente
y el cielo y la tierra lloraban temblando;
y tú, –¡oh estupenda bondad que no acierta
a entender el espíritu humano!–
Tú, el Justo, tú el Grande,

la divina cabeza doblando,
con voz más divina que todas las notas,
más sublime que todos los salmos,
–¡Os perdono!, dijiste, ¡hijo mío!
–¡Os perdono!, dijiste, y ¡os amo!
Por madre a mi madre te entrego,
mi gran sacrificio ya está consumado.

María Torres Fría (1919)

AL SEÑOR DEL MILAGRO

Suena el bronce en tañidos plañideros,
anunciando que sale el Soberano,
erguido sobre el pedestal humano
de los fieles creyentes y sinceros.

Sagrada imagen, hasta los maderos
de tu cruz bendita, en cada mano
destila sangre del rencor insano,
de cobardes amigos traicioneros.

¿A qué ese brillo de diamantes finos?
¿A qué ese lujo de metal en plata?
¿A qué el soberbio adorno de tu cruz?

¡Si vale más que todos los platinos,
el amor sublimado que desata
tu tierno corazón hecho de luz!

Julio Díaz Villalba (1927)

EL SEÑOR... RESTAÑARÁ TUS HERIDAS

Peregrino...
si ha sido muy amargo, muy árido el camino;
si te ha dado la vida
tan solo los abrojos, si tienes una herida
que sangra todavía, si la áspera jornada
te robó todo siempre, sin ofrecerte nada;
si resultaron vanos
tus dorados ensueños, si no encontraste hermanos,
sí, al pasar a tu lado, la dulce primavera
no te miró siquiera;
si sientes en el alma cansancio de las cosas,
de sufrir las espinas sin alcanzar las rosas;
si buscas un oasis de amor en tu sendero,
quédate aquí, viajero;
no sigas tu camino, no vayas adelante,
fíjate en esa imagen de Cristo agonizante,
mira ese manso rostro, mira esos labios yertos
que , pidiendo ternura, siempre están entreabiertos.
Mira: esa carne Santa sabe también de espinas
y saben de dolores esas llagas divinas...
No te vayas, viajero, cansado de la vida,
que el Señor del Milagro restañará tu herida...
Si ha sido muy amargo, muy árido el camino,
quédate peregrino.

Clara Sara Linares de Arias (1927)

ODA A LAS IMÁGENES DEL SEÑOR Y LA VIRGEN DEL MILAGRO

Señor del Milagro,
dulce Nazareno,
recibe mis versos, manojos de flores

que en tu honor consagro,
floreillas pobres, como es pobre el agro
de donde brotaron, pero siempre pleno
de ardientes amores.

Salvando montañas
bosques y desiertos,
en hombres fornidos de gentes extrañas
te llegaste un día
con el pecho y los brazos abiertos
a colgar el nido de tus bendiciones
en estos rincones
donde Hernando de Lerma ponía
la ciudad de Salta, sol de sus blasones.

Noble patriarca,
empuñando la cruz por cayado,
te hiciste el pastor más amado
de la soledosa y abrupta comarca.

Los indios bravíos
depusieron su flechas y lanzas
y a tus pies rendidos, cual mansos corderos,
trocaron los rudos aceros
en rosas floridas,
y en raudales de amores
y dichas cumplidas, sus odios traidores
su sed de venganzas.

Fuiste cuna, solar y regazo
del pueblo que te ama,
armaste tu brazo,
cuando por los aires tendió su oriflama
reclamando su arrojo y su brío,
la Patria de Mayo.

Fuerte, sin desmayo,
vibrando heroísmos, la frente bien alta,
se lanzó a la lucha tu indómita Salta.

Murallas de pechos
formaron tus hijos, con Güemes el noble
y a sus pies deshechos,
cual ramas que caen de un añoso roble,
cayeron los odios y recios empujes
de los invasores,
cegados al brillo de tus resplandores,
y al conjuro santo
de tu Madre, excelsa Patrona
que arrojó su manto,
su cetro y corona
para hacer escudo, laurel y coraza
de aquellos cachorros de la nueva raza.

Desde entonces los dos sois los reyes
de este pueblo altivo,
y no son coyundas ni grillos las leyes
que a vuestros amores le tienen cautivo.

Por eso os bendicen y os quieren,
os adoran, os cantan y aclaman,
y antes que dejaros, sucumben y mueren
y antes que venderos, su sangre derraman.

Yo he visto en los días de tu jubileo,
cuando primavera te adorna lozana,
cruzar por tus calles, como un himeneo
de luz y de sombras, larga caravana
de fieles devotos. Venían de lejos
acaso de tierra salvaje,
arrastrando el pesado equipaje
de miserias de siglos. Reflejos
de angustias punzantes traían
sus rostros cetrinos,
y al mirar vuestros ojos divinos,
de hinojos caían
frente a vuestras andas. ¡En mansos corderos
se habían trocado los leones fieros...!
Y la paz retornó a sus hogares;
los toscos sillares
de sus pobres ranchos ya no se agrietaron;
y de nuevo en los campos brillaron
racimos de espigas maduras y plenas,
glorias de los hórreos y las alacenas.

¡Imágenes rústicas, pero milagreras,

que guardáis por trofeos de gloria
lágrimas y besos
que en vuestras maderas
quedaron impresos
como medallones de una ejecutoria!

Seguid derramando vuestras bendiciones
desde los altares
trono de la Patria, que son seculares
porque se levantan sobre corazones.

Teodoro Palacio Sch. P. (1927)

El Señor y la Virgen del Milagro

Virgen y Cristo
de mi región
que adoran todos
por tradición.

En forma extraña
y en siglos viejos
llegasteis ambos
a mis vallejos.

Todos pasmado
os daban dones
y os dedicaban
mil oraciones.

Locos de miedo
nuestros mayores
rememoraron
a sus señores.

Y sollozantes
y rodillas
os pasearon
por esas villas.

Al poco tiempo
os olvidaron
y en las tinieblas
os colocaron...

Un día el suelo
se estremeció
y todo el valle
casi tragó.


Se abrieron cauces
y hondos abismos
más no cesaban
los cataclismos.

Las convulsiones
cesaron luego
con tantos lloros
y tanto ruego.

Sois desde entonces
en nuestros agros
Señor y Virgen
de los Milagros.

Elena Avellaneda de González Ayala (1928)

Procesión del Milagro

 Con la pompa ritual que la costumbre
piadosa de los siglos ha guardado
condúcete, Señor Crucificado
por las calles inmensa muchedumbre.


Lleno mi corazón de pesadumbre,
de duda mortal y de pecado
duélese del martirio penetrado
que tuviste del Gólgota en la cumbre

Ante el hórrido grito de agonía
que el artista español heló en tu boca,
¡"No me abandones, clama"! el alma mía.

Y permanecen a mi llamamiento
como al tuyo, Señor, desde tu roca,
muda la tierra, mudo el firmamento.

Juan Carlos Dávalos (1932)

Campana del Milagro

Campana del Milagro,
vibrante y dolorida
campana del Milagro
que conmueve mi vida.

Voces de la campana
que llaman a oración
voces de la mañana
que hablan al corazón.

Año tras año suena
la campana vibrante,
suave como la pena
de vivir siempre errante.


Campana que ha sonado
desde la eternidad.
Campana que ha llegado
hasta mi soledad.

Clamor de un corazón
la campana parece
solitaria canción
que en la tarde se mece.

Bendita la campana
que habla a los corazones
y en la santa mañana
es ramo de oraciones.

Nellie Zavaleta Mollinedo (1932)

Voces del “Amor”

quel Dios Omnipotente
que cielos y tierra crió,
desnudo en carne se vió
a la faz de inmensa gente.

Tus culpas y torpes vicios
así han puesto al Redentor,
y a ti te hacen acreedor,
a penas, fuego y suplicio.

Con martillos inhumanos,
modo atroz y crudo acero,
a Jesús en un madero
le clavan de pies y manos.

Desde esa Cruz, oh Señor,
miradme con gran piedad,
y mi pecho traspasad
con clavos dulces de amor

Saturio Iruozki (1932)

Doce estrellas del cielo de María

Dios te salve, Madre
Reina de los Cielos,
esperanza nuestra,
refugio y consuelo.

Virgen del Milagro,
gloria de este pueblo,
en quien siempre halla
todo su remedio.

Si son nuestras culpas
muchas en extremo,
tus misericordias
son más con exceso.

Ya el castigo estaba
sobre nuestros yerros,
mas lo detuvieron
tus piadosos ruegos.

Al pie del Sagrario
allí intercediendo,
el perdón pediste
de nuestros excesos.

Mudando colores
tu semblante bello
a entender nos dio
tu pena y consuelo.

Empeñada estabas
y echaste tu el resto,
para que el castigo
no tuviese efecto.

Perdona , decías,
mi Dios a este pueblo;
sino la Corona
de Reina aquí os dejo.

Yo por fiadora
salgo en este empeño,
y a mi cuenta corre
no más ofenderos.

Confundirte quiso
el dragón soberbio,
pero con tu planta
le quebraste el cuello.

Haz, Madre y Señora,
que todos logremos
el fruto, después
de aqueste destierro.

En esta novena
que humildes hacemos,
nuestra petición
por tu amor logremos.

Juan Francisco Javier Fernández (1760)

Himno al Señor del Milagro

Coro:

*Señor del Milagro
Cristo Redentor
Del pueblo de Salta
No apartes tu amor.*

Iras largo camino,
que amparó el Milagro
por mares y montes,
llegaste a este suelo,
con tu amor buscando
el amor de un pueblo.

Mas, torpes las almas
no correspondieron
la dulce demanda,
y en olvido ingrato
dejaron tu imagen
por un siglo entero.

El duro reclamo
llego justiciero:
sacudir conciencias
sacudiendo el suelo;
y hubo terremotos,
y aflicción y duelo...

Y al fin comprendiendo
tu llamado extremo
a tus pies llevaron

su arrepentimiento;
llanto y penitencia,
contrición y ruegos.

Fue entonces que quiso
la Virgen María,
que de pecadores
es Madre y consuelo,
de Dios ante el trono
presentar su ruego.

Y ante el valimiento
de la intercesora,,
tu misericordia
se mostro al momento;
suspendió el castigo
y aplacó el siniestro.

Abierta en las almas
claridad de cielo,
van pasando siglos,
y crece con ellos
la fe con que amante
te adora este pueblo.

Emma Solá de Solá (1942)

Despedida del obispo de Salta al Señor del Milagro

(Fragmentos)

Perdona, oh mi Señor, que con respeto
te mire y hable antes de partir,
quiero contarte tímido, indiscreto,
un secreto muy íntimo, un secreto
que solo para Ti.

La nave está tranquila, estamos juntos;
nadie nos interrumpe en el confín,
quiero contarte en sus diversos puntos
uno por uno todos mis asuntos...
Si no sé qué decir.

Recuerda que en Callao, tarde serena,
arribaste tranquilo sobre el mar:
¿Era ilusión, fantasma? No. Sobre la arena
te posabas dormido
en tu cruz de madera, y en la leyenda clara,
bien precisa,
que tu testa guiadora diviniza.

En caracteres que el amor exalta,
los paseantes del puerto
asombrados leyeron:
“Esta Imagen de Cristo es para Salta”
cuando más de tres siglos ya pasados
fui buscando tus huellas hasta Lima,
interrogué a Toribio y a Macías,
a Rosa peregrina
Señor, en tus caminos, ¿quién hallarte podría?
Largo es el trecho, pavorosas sendas,
duras las noches, las jornadas lentas.

Música de las almas, de redención, de vida,
el pueblo, la ciudad
los valles y las cumbres
te dan la bienvenida
todo es fervor, consuelo;
es el sol que ha llegado a dorar nuestro suelo.

Después del triunfo el corazón olvida....
Y Salta fue un erial. Cien años justos
de olvido y de fatiga
hicieron que la tierra los sintiera

y que el cielo viniera
a decir que el Pastor que le mandara
de su sueño por fin la despertara.
Y saliste, Señor, entre lamentos
de luces apagadas y nuestras esperanzas
de cardos y de espinas,
con tus manos divinas
de luz, de amor, como alas de paloma,
que olvidando sus lacras las perdona
y que siempre piadosas
cubre sus llagas con fragantes rosas.

Señor, desde entonces tus reinas y tú mandas
desde el nicho tranquilo, desde tus regias andas
en el dolor que gime con su maldito peso
o en la dulce caricia de tu de tu devoto beso.
De tu costado Santo suavemente destila
la vida y el consuelo, la gracia y el perdón,
y en la agitada lucha y en la vida tranquila
en el ambiente leve y en la gota de acíbar
abres los amplios brazos de tu misericordia
y busca la concordia
con tus manos de lirio, con tu ramo de olivo,
sostiene e ilumina,
ardiendo está en tus aras como cirio votivo.

Señor, no pises solo el lagar de tus penas
Compártelas y endulza las tristezas ajenas,
y en el camino estrecho y en las sendas escuetas
derrama a manos llenas perfume de violetas,
y si el dolor abarca
no al hombre sino a toda la familia de tu Arca
que Salta siempre viva...

Julio Camperos y Araoz (1934)

La Catedral

Hermosa Catedral! Bella y grandiosa.
De esplendor y riqueza refulgente.
Arca Santa que guarda silenciosa
lo grande del pasado y del presente

Recuerdo perdurable de aquel tiempo
que cuando la ciudad se delineaba
el sagrado solar para su templo
marcó cristiana la española espada.

Y aquellos recios puros primitivos
sobre la tierra virgen se elevaron
y vieron con asombro los nativos
que a otro dios los extraños adoraron

Sobre el primer altar, en este suelo,
la cruz tendió sus brazos amorosos
y esparció por el valle y por el cielo
la campana su acento jubiloso.

Del manso Rey se levantó el imperio
y bajo su divino vasallaje
rompió su milenario cautiverio
el alma tenebrosa del salvaje.

Con la luz de la fe, la noche oscura
borró de la ancestral idolatría.
y el agua bautismal límpida y pura
lavó la frente bárbara y sombría

¡Querida Catedral! ¿Quién de tu gloria
no se evanece con filial orgullo?
Magnífico blasón de nuestra Historia,
¡todo lo grande del pasado es tuyo!

A tu sombra nació, buena y confiada
de San Felipe la ciudad cristiana
por la gracia de Dios predestinada
a florecer en la región indiana.

A tu sombra creció, creció en riqueza,
en lustre, en altivez, en poderío,
y tú fuiste en toda su grandeza

el timbre de su noble señorío.

De la Matriz los muros se cambiaron
en corintios y bellos capiteles.
Del rango en que naciste te elevaron
y Catedral, llamaronte los fieles.

Y hoy eres mucho más. Hoy te admiramos,
de noble vanidad el alma henchida,
quienes el lustre de tu culto amamos,
en Metropolitana convertida.

¡Querida Catedral! Arca bendita
que guarda lo más grande y lo más santo.
¡Eres el corazón donde palpita
la fe de un pueblo que te ama tanto!

Llenas están tus bóvedas altivas
de rumores, ruegos y oraciones.
Y llenas de plegarias fugitivas
que suben en celestes ascensiones.

Cuando su fuerte corazón se mueve
con cálido y patriótico entusiasmo
el augusto silencio se conmueve
con la alegría del "Te Deum laudamus".

Y se despliega en tu recinto Santo,
la bandera sin par, blanca y celeste,
¡que es de la Virgen del Milagro manto,
que es de la Reina de este pueblo veste!

¡Y qué espléndida, rica y refulgente,
para tu gran festividad te muestras!
De oro y plata y de luces esplendente,
¡eres la joya de la tierra nuestra!

Cuando preside tu soberbia nave
del Señor del Milagro la figura
solo admirarte la pupila sabe
y queda de emoción, la lengua muda!

La púrpura del César te engalana,
y en el trono imperial que se levanta
a su Dios y Señor el pueblo aclama
y a su Virgen y Madre ruega y canta.
¡Querida Catedral! De amor santuario,

De cristiana lealtad, fuerte baluarte,
de honrosas tradiciones, relicario,
de viva fe, magnífico estandarte!

Que el pueblo, faro de verdad te mire.
Como su estrella tutelar te vea.
¡Que la fe de sus padres nunca olvide!
¡Que tu cruz te bendiga!

Y así sea.

Sara Sola de Castellano (1937)

El Misachico

ISE viene el Milagro...! Ya va ser setiembre,
aurita no más.
"Tamos trajinando pa' este misachico,
qu' este año sin falta queremos llevar.

Se han limpiao las andas, se han lavao las blondas,
ya si han hecho flores de papel pintao;
treinta camaretas hay, pa' dispararlas
tuitas, cuando 'stemos llegando al poblao.

Pa' los estrumentos se están amaistrando,
el violín, mañero 'bia siu pa' sonar.
Por eso el compagre como nu es muy diestro,
tuito el santo día 'sta meta ensayar.

El erque, la quena, la cajita, suenan
ya qui es n primor;
y el bombo, jese es churo! cuando se lo golpia
retumb' en el pecho mesmo qui tambor.

Si l' oigo patente, como si ya juera
Sonando tum-tum-tum-tum- por los cerros,
tum – tum – cuesta abajo y por las quebradas
tum – tum- turum – tum...

Lo malo qu' echamos tres días de camino
porqui el mujerío también quiere hombriar,
se andamos al tranco, pasitu a pasitu,
a más las pascanas, hay que descansar...

Delante, sonando va il musiquerío,
después van las andas, y rezar... cantar...
mientras se camina; tracito las mulas
tranquiando a la par.

Hay qui remudarse pa' llevar las andas,
porqui cáda, quiere cargar al Patrón;
no a lomo di mula, a lomo 'i cristiano
deb' ir el Señor.

En cuanto lleguemos dentrando pa' Salta,
s' hemos d'ir derecho pa' la parroquial,
ahí el tata-cura hai poner las andas
con luces y todo, contrit' el altar.

Vi a mingar la misa con repique largo,
de tres pagrecitos, ¡ya lu creo que sí!
una misa linda, no palabrerío,
de purito canto del principio al fin.

¡Carita es la cosa! Ya s'hemos dar maña
haciendo qu' el vicio 'sté más estirao,
mermando acuyicos, mermando traguitos;
la cosa es qu' el Cristo 'sté bien festejao.

¡La pucha! qu' es lindo el Cristo el Milagro
en su casa grande de la catedral;
con corona 'i oro, respaldar 'i plata,
cortinao 'i felpa, colgando p'atrás.

Este... es chiquitito... agatas dos gemes,
coronita 'i lata, cortina 'i percal,
¡claro! semos pobres. No li desagero,
sino qui es verdá.

Pero eso no li hace; nojotros sabimos
qui chico u qui grande, mesmo son los dos,
y qu' estito tiene, más qui sea chiquito,
la mesmita juerza endelante 'i Dios.

Emma Solá de Solá (1942)

VERSOS AL SEÑOR DEL MILAGRO DE SALTA

Señor del Milagro,
no sé con qué acento
(tonada salteña
que apenas remedo)
no sé con qué verso fragante
decirte mi amor forastero.

Azahares sahumando...
Campana tañendo...
Tañendo en los aires
y adentro del pecho.
Campana diciendo “milagro”,
plegaria con alas de viento.

Entraña de Patria,
recorte de cielo
que guardan la imagen
del Dios sobre el Leño...
Señor Jesucristo ¡eso es Salta!
¡No dejes perderse a tu pueblo!

Señor lacerado,
Señor macilento,
en dos palos fijo
y en rayos envuelto...
¡Eso eres, Jesús del Milagro!
¡Amor que te expresas muriendo!

Al toque de misa
se alegran los cerros,
en donde florecen
lapachos y ceibos...
Señor, al paisaje de gloria
da gloria la luz de tu Cuerpo.

Señor del Milagro,
ya ves con qué acento
(tonada del Norte
con dejo porteño)
te traigo en mi verso de Pampa
fragante mi amor forastero.

Dulzura que me traspasa
la de tu rostro, Señor.
La de tus ojos cerrados

de recóndita expresión.
Dulzura la de saberte
rendido y muerto de amor.

La cabeza echada a un lado
como un lirio ante la hoz
y espesos hilos de sangre
chorreando del corazón.
Manos, pies, rodillas y hombro
que la sangre mancilló...

Traspasa el alma del alma
tu dulce imagen, mi Dios.
Que en este pueblo norteño
es como flor de blasón.
(Dios muerto y tan a lo vivo
pienso que nunca se vio).

Dulzura de conocerte
llevo en mi misma desde hoy.

Sara Montes de Oca de Cárdenas (1935)

CRISTO DEL MILAGRO

Es tu historia la historia más hermosa
que escuchamos de niño. Una mañana,
flotando sola por la mar lejana,
hallaron una caja misteriosa...

Y en su interior, tu imagen soberana,
que en andas de esa gente religiosa,
llegó triunfante a la ciudad peruana,
donde tenía su huerta Santa Rosa.

Y después te trajeron a estos valles...
Y vino el terremoto. Abrió las calles
de Salta, como surcos de terror.

y tú en sencilla procesión saliste
para arrojar sobre aquel surco triste,
la divina semilla del amor.

Julio César Luzzato (1936)

LETANIA HUMILDE

También yo he venido,
¡peregrino extraño!
buscando tus luces,

Cristo del Milagro,
¡La luz de tus ojos
tristes y entornados,
despiden más vida
y arrojan más rayos
que todos los libros
que todos los sabios!

También yo he venido
con el alma auestas,
rendido, extenuado
con el peso ingente
de los desengaños....
Vengo de la tierra
de los verdes lagos,
de las rubias vegas,
de los montes canos.

Veme de rodillas,
Cristo del Milagro,
junto con tus coyas
que huelen a campo.
Junto a tus guagüitas
cutis patinado,
veme aquí de hinojos,
frente a tu retablo
perdido entre ponchos
y sombreros anchos...

Por ese ponchito
de fuego del gaucho,
símbolo sencillo
del fuego sagrado
que abraza las almas
de nuestros paisanos,
te pido me escuches,
Cristo del Milagro...

Por esa fe ciega
de este pueblo hermano,
que es para mi patria
como un relicario,

te pido me escuches,
Cristo del Milagro...

Raúl A. Entraigas (1936)

EL MILAGRO

Mientras la cruz reinaba en nuestra sierra,
mientras hubo en el mundo poesía
porque en Cielo y milagros se creía,
ya podía temblar, rugir la tierra.

Amor de patria no era amor de guerra
ni ésta la trágica canción del día;
con ojos de milagro se veía
que la vida un milagro inmenso encierra.

Si el niño ve el milagro por doquiera
y en su alma rima Vida, Cielo y Verso,
hay que ser niño cual Jesús quisiera;

Que en verdad es milagro el universo,
con poesía de la edad primera
el Señor del Milagro está en mi verso.

Juan Carlos García Santillan (1937)

¡OH CRISTO DEL MILAGRO!

Hoy, postrada de hinojos a tus plantas divinas
desde tu excelso trono ¡contéplame, Señor!
Son mis labios sellados y mis ojos llorosos
silencio de plegaria, mutismo de dolor.

¡Mira como te miro... el rostro tan divino!
Yo cual Samaritana junto al pozo esperé;
para saciar un día esta sed de infinito.
De tu fontana quiero, agua pura beber.

Ese dulce milagro ha de hacerse en mi pecho,
por la fuente sagrada que nunca tiene fin.
¡Purifícame Cristo, elévame a tu altura
ungiendo el alma mía, con nardos y jazmín!

¡Oh, Cristo del Milagro, dulce crucificado
para ti, esta rosa –mi ardiente corazón–
anhelo desasirme de esta prisión de arcilla,
y volar por los cielos hecha siempre canción!

Si otrora escuchabas, mis cantos inocentes,
hoy, ya mujer te pido la lumbre de tu luz.
¡No me niegues la gracia más alta de la vida!
¡Señor de los Milagros, ampárame en tu cruz!

Hilda Emilio Postiglione (1937)

SALMO AL SEÑOR DEL MILAGRO

I



Alabad al Señor, cielos de añil, cumbres de nieve y valles de
verdura;
Alabad al Señor, fieras y pájaros, árboles y flor silvestre en la
montaña,
porque Él, desde el principio, en Ti puso sus ojos
y te eligió entre todas, bella tierra de Salta,
para que fueras escabel del Señor del Milagro,
que en ti encontró deleite con eternas miradas.

II

Desde más allá del Sol y las estrellas
la mente redentora su Cruz sobre los mundos contemplaba;
y es el cuerpo divino, estirado largo a largo,
el Andes, crucificado el granito, por todas las almas; y sus brazos, Amazonas
fluentes, vuelcan por el costado,
el mar de su misericordia y de su gracia.

III

Y la Cruz, el signo del oprobio, que será santificado,
se difunde, leña o piedra, por tierra americana.
La preanuncia el cóndor, que ebrio de infinito,
entre cielos y tierra abre la cruz de sus alas;
la profetiza el Inti, que extiende brazos de oro
y a las gentes en la comunión de su calor abraza.
Hasta tus montañas están en arrobamiento,
hacia las estrellas contemplativa la cara,
mientras elevan las manos de sus cardones
a la Cruz del Sur, en silenciosa plegaria.
Desde el vientre del caos
ya venías predestinada
con la Cruz en la frente,
bella tierra de Salta.

IV

Y cuando se cumplieron los tiempos y el Verbo se hizo carne;
Y se va a inmolar en la Cruz por nuestras manchas;
para acompañarlo en los Olivos, desde aquí lloverán sangre
compendio de su Calvario, en la flor de sus pasionarias

y al verlo expirar en la Cruz al autor de la belleza
también revolverías en terremoto de dolor tus entrañas.

V

Cuando aquel valeroso y tenaz Diego de Rojas,
inspirado por su estrella heroica y trágica,
quería abrirse paso al Tucumán ignoto,
tú le enseñaste la magnífica portada
y le ofreciste el regazo, tibio y suave de los valles
en que se acunan tus montañas.
Y el gran señor de la conquista
franqueó la puerta de Humahuaca
y tu seno palpité en júbilo
como si fueras a ser desposada,
porque él traía en mensaje sublime,
la Cruz, anillo de esponsales celestes,
que venía al lado de su espada,
la Cruz, que viste en la profecía de tus sueños indios,
la Cruz, que te iba a hacer para siempre cristina.

VI

Y por fin, aquel extraño caballero Hernando de Lerma,
tras funestas fundaciones de anteriores andanzas,
te trazó el signo de la Cruz en la frente,
cuando junto al rollo y la picota,
clavó la Cruz en la fundación de tu plaza.

VII

Luego pasan y pasan por tu camino hospitalario
los misioneros, que santifican tu suelo con sus plantas,
echando las semillas para que nazcan pueblos cristianos,
y brote, sentada en Dios, nuestra ciudad indiana.

VIII

Tu predestinación se cumplió a maravillas
y en feliz día flotaron sobre las recelosas aguas
hacia el Callao, conducidos a remos de ángeles,
los dos cajones, que traían en celeste carga
la Virgen del Milagro para Córdoba,
y el señor del Milagro para Salta,
oh, prodigio que hace temblar mis filiales afectos.
Porque Tú, bella tierra de Salta, por excelsa prosapia

te hermanaste en la dulce comunión del milagro
a Córdoba, mi clara ciudad de las campanas.

IX

Un día, trágico día, se abrieron las mil bocas de la tierra,
furibunda por el fuego que le devora las entrañas;
y el terremoto, Sansón que sacude los cerros,
traga a las gentes con las almas erizadas.
Y se consumió maldita la ciudad del Esteco,
suelos los elementos, aire, tierra, fuego y agua.
¡Oh Dios terrible, qué pecado cometieron los hombres,
que ha rebasado el mar de tus fuentes magnánimas?
¿Qué te obligó a empuñar el terremoto,
como el tremendo látigo de tus iras santas?
¿Para qué glorificaste a tu ciudad querida,
con el privilegio de tu Cruz, si va a exterminarla?
¿Te has olvidado de tus antiguas misericordias?

Ataliva Herrera (1937)

LA ORACION DEL PEREGRINO EN LA FIESTA DEL MILAGRO

El alma de un pueblo; cuajada en plegaria;
un Cristo y su Madre
fundiendo las almas;
y Dios que abandona
el cielo por Salta.

¡No han corrido las centurias
cuajada en plegaria
para este pueblo, Señor!
Y la fe de estos festejos
eclipsa la tradición.
¡Si son los mismos hidalgos
que te juraron amor
quienes rondan esas calles
con el morado cordón!...
¡Si aún vibran los remesones
con que tu amor los compró!

¿Por qué, si ser has querido,
de nuestra tierra el Señor
has detenido tu marcha
al entrar en la región?

No cierren estas montañas
tu camino triunfador,
ni apagues con los salteños
tu sed de conquistador.
¡Mira qué grande es la Patria...!
¡Y dicen que te olvidó!
No te ha olvidado, bien mío;
No renegó tu blasón...
esas voces que te niegan
no niegan en español:
son la resaca, el detritus
que la mar nos arrojó.
Sigue en hombros de tus hijos,
sigue tu paso mi Dios,
y verás cómo a tus plantas
rueda entera una nación.

La patria de hinojos
a los pies de Cristo,
y la fe de Salta
ganándole hijos.

Escucha, Señor esta súplica
del más pobrecito de tus peregrinos.

José González del Pino (1937)

EVOCACIÓN

Señor, ¿bajo qué luz, bajo que cielo,
talló tu dulce efigie bendecida
ese artista que allá en hispano suelo
al crear tu imagen muerta, te dio vida?

¿Dónde vivió ese ser por Ti elegido
en España, en el siglo de la gloria,
para plasmarte, Cristo? Se ha perdido
su nombre de tu pueblo ya en la historia?

Nadie piensa hoy en él, nadie le nombra.
¡Hace tres siglos que vivió ...! se esfuma
su figura ignorada entre la sombra
como una luz se pierde entre la bruma...

¡Con cuanto afán tomó el cincel su mano,
mano de artista, tesonera y fina,
para volcar todo su amor humano
en una obra de esencia tan divina!

Y en las tiernas dulzuras de su oficio,
sintió quizás su alma los resabios
de tu tan cruento y sin igual suplicio
tallando la amargura de tus labios.

Abriendo una a una tus heridas,
coronando de espinas, tu cabeza ...
¡Cuántas angustias por tu amor sufridas
que le hicieran llenarse de tristeza!

Y ante el influjo raro que adunaba
su arte con su firme amor cristiano,
sintió por sobre todo que te amaba
como perfecto y noble castellano.

Y terminó tu imagen de Dios-hombre
en un gesto tan grande de su amor
que todo ser, al pronunciar tu nombre,
exclama enternecido: 'Mi Señor!...

Elsa Castellanos Solá (1941)

de la **QUINTENA DE SONETOS**

El arribo al Callao

La costa se descalza y al besarla, el velero
fenece en la distancia. Más aquellos cajones
del Obispo Victoria, como dos infanzones
de don Juan de Lepanto, oran en el sendero

de las aguas marinas y encallan en señero
destino virreinal. Como liz de blasones
de la fe legendaria de henchidos corazones
que hablarán, en los siglos, del Divino Cordero.

Pero, al abrirse, al punto, las arcas peregrinas
en vez de las palomas de España, golondrinas,
azulan las arenas con rauda devoción.

Pues traen esos cajones a la Estrella de Sión
y a la efigie serena del Divino Jesús
de los abiertos brazos que penden de la Cruz

Carlos Gregorio Romero Sosa (1941)

Por amarte Jesús

(Al Cristo del Milagro)

Vengo de lejos con el alma henchida;
gozoso el corazón, brillan mis ojos;
por amarte, Jesús, mil dardos rojos
clávanse en mí, nunca jamás vencida.

Vengo de lejos. Pálida y ardida
por Ti sufrí, por Ti gocé de hinojos;
por amarte, Jesús, mil dardos rojos
fatigué los caminos de la vida

Y se ha alzado a mi paso aquel murmullo
del voraz, del inquieto y del malvado;
más posóse en mis hombros la paloma

Y percibí tan solo el dulce arrullo
con que meciste mi alma que hoy se asoma
sonriente, humilde y buena a tu Reinado.

¡Por amarte Jesús todo he osado!

María Raquel Adler (1941)

Señor del Milagro

Santo Cristo de Salta celebrado,
gloria y amor del corazón salteño.
¡ansí llegar a tu rincón norteco
para honrarte, mi Dios crucificado.

Ya mis ansias ardientes se han colmado
y te he visto, Amor mío y Dulce Dueño,
pendiente y muerto en el divino leño
por la fe de tus fieles aureolado.

Ya veneré tu cruz que el San Bernardo
Alza enhiesta con ímpetu gallardo
en confesión de fe rotunda y pública

Y pienso que al buscar tierra tan alta
y sellar con Cruz, la fe de Salta
¡persignaste en la frente a la República!

Félix Cruz Ugalde (1941)

Manos de mi señor

Manos blancas y suaves... castos lirios
de palidez de cirios;
manos nerviosas, finas y viriles
delicadas, gentiles.

Manos limpias y frescas cual la gota
que de la fuente brota;
manos leves como nube liviana
flotando en la mañana.

Manos horriblemente torturadas...
en dura cruz clavadas.
¡Oh poemas de amor y de dolor;
manos de mi señor!

Lidia F. Cornejo de Ache (1942)

Plegaria

Danos la paz Señor la milagrosa
paz que fecundo el trigo de las eras
y enciende los sahumerios de la Rosa.

Danos Señor la paz de la frontera
y la paz en los mares que homicidas
no agiten los cañones sus cimbras.

Que no haya más señor ciega de vidas
hombres desplazados por los hombres
en luchas sin razón y fraticidas.

Que el nombre de Caín, de entre los nombres
borrado sea extingase su raza
pon el iris de paz entre los hombres.

Luzca el día, Señor, en que sin tasas
se desborde el amor que tú anunciaste
como el supremo don. Si lo rechaza

La pobre humanidad que tú elevaste
hasta la excelsitud con tu martirio,
recuerda la plegaria que rezaste:
“Perdónalos Señor, en su delirio
no saben lo que hacen”, y a la altura
levántese tu cuerpo como lirio.

La fuente perdurable que la hartura
nos traiga nuestra sed, pon a la vera
por la que pasa toda creatura.

Danos, Señor, el agua verdadera
que aplaca los ardores del camino
y de toda fatiga remunera.

Gozo del corazón, licor divino
que da la fortaleza y el sosiego
y embriaga el alma, generoso vino.

Danos tu luz; el luminoso riego
de sus rayos vivientes, poderosos,
alumbre los senderos porque ciego

va el hombre con temblor. Sus angustiosos
zigzag de pesadumbre y desaliento
conviértanse, a tu lumbré, en anchurosos

caminos de esperanza en que el portento
se haga de las rosas del amor...
Y que pase, entre ellas, el aliento
de tu divino espíritu, Señor.

José María Miró (1941)

SALTA DEL MILAGRO

Salta se viste de fiesta,
como una niña bonita.
Flores rosas en los cerros...

flores rosas, flores lilas,
tarcos azules y ceibos
le ofrecen frescas sonrisas,
y los aromas del campo
perfume para su brisa.

Salta se viste de fiesta
que es vestirse de poesía,
con sus canciones y rezos
y su fe clara y sencilla;
poesía de las campanas
con alas de golondrinas,
que van llamando las almas
con su dulzura infinita.

Poesía de los azahares
que huelen a Andalucía,
de sus patios y sus rejas,
y sus macetas floridas;
poesías de sus mujeres tocadas
con la mantilla
y de su Cristo que tiene
claveles en las heridas.

Salta se viste de fiesta
y emociona su alegría,
que está hecha de oraciones
y plegarias infinitas,
y estremecida de rezos
ante su imagen bendita
¡El gran Señor del Milagro
que es un Cristo de Sevilla!
Como un manojo de flores
está Salta de bonita,
flores azules y rojas,
flores rosas, flores lilas...
flores de oro en los chañares
que van besando la brisa,
y flores blancas muy blancas
a las plantas de María.
Salta se viste de fiesta
como una niña bonita,

y bajo un cielo celeste
que recuerda Andalucía...
recostada contra el cerro
que la besa y la acaricia
es una paloma blanca
con las alas extendidas.

Lola García de Cornejo (1944)

Plegaria al Señor del Milagro

Dulce Jesús mío, Señor crucificado,
indigno de mirarte me postro avergonzado...
Con íntima amargura confieso mi pecado
al ver tu amor divino por mi placer manchado.

Herido vengo, médico, buscando tu Remedio,
en tu misericordia endulzarás mi tedio...
Apíadate en esta hora, cuando llorando asedio
tu Cruz que es para el alma reconfortante predio.

Olvida Padre mío que he sido el hijo ingrato,
que un día trocó tu herencia por el placer de un rato
y si aún en ese instante seguía yo insensato
huyendo de tu casa y tu paterno trato...

Hoy viéndome sin nada comprendo lo que pierdo
el mundo me mezquina el pan que arroja al cerdo...
Retornaré, me digo y con el paso lerdo
vuelvo a tu casa llena de amor y de recuerdo...

Perdona mis delitos, dulcísimo Señor.
Que la ciudad de Salta no sufra otro temblor...
Por medio de tu Madre concede este favor
ya que ella es mediadora de nuestro gran amor...

Y que este pueblo tuyo que cada año pasea
tu trono venerado y el de tu Madre, vea
cumplir su juramento, cual en la antigua aldea
y su Padre te aclame, por siglos. Así sea.

Luis C. D'Jallad

